

Virginidades

Olga Grau

A Oscar, mi padre

No recuerdo bajo qué circunstancias me quedé sola en la casa con mi padre, por un par de días. ¿Casualidad?

Mis trece años brotaban por todo mi cuerpo y mi piel tenía olor a primavera y húmeda tersura. Algo había cambiado en relación con mi padre. Empecé a sentir no solo que me quería, sino que también le gustaba. Yo misma creo que ensayaba gestos de mujer para agradarle y al sentarme y levantarme de su falda una extraña coquetería me invadía. Todo eso hizo que tuviera mucho temor esa noche que nos quedamos solos. La casa estaba muy silenciosa. En mi cama, deseé que estuviera mi hermana en el dormitorio que compartíamos, como escudo a lo temido. Veía cómo se filtraba la luz desde la pieza de mi padre por los intersticios de la puerta que nos comunicaba. Mi corazón latía fuertemente al oír sus pasos que indicaban que se desplazaba a ratos por la pieza contigua. Estaba tan segura que me deseaba como lo estaba de mi pavor. Pase una hora de penumbra en que mis ojos se transformaron en los de una gata que todo podía verlo, menos a mi padre. Mi miedo era ciego ante un poder que yo no conocía y que me hacía estallar desde dentro empezando a enmarañar mi pelo, haciendo sudar mi cuerpo, ritmando mi corazón peligrosamente, apropiándose de mí en grados de excitación que no había conocido. Me dormí extenuada.

Al desayunar con él no sabía qué había sucedido realmente entre nosotros. Me sentía avergonzada. Había llegado al fondo de algo con él, arrastrándolo. Sentí una pérdida, hasta una desilusión. Ya podíamos mirarnos de otro modo.

Ahora me doy cuenta que he escrito esto con su lápiz, el que dejó casualmente en mi mesa, cuando vino a visitarme